

Bob Dylan, el noble Nobel

Pablo Espinosa

Desde Estocolmo, llegó una noticia que despertó la sorpresa y la polémica en el ámbito de la cultura: Bob Dylan es el Premio Nobel de Literatura 2016. Para los lectores de la Revista de la Universidad de México no hubo tal sorpresa: nuestro colaborador Pablo Espinosa, autor de La música, ese misterio, ya desde 2012 había desmenuzado las razones por las que el bardo de Minnesota habría de merecer el ambicionado galardón.

Con un párrafo de tres líneas, este 13 de octubre la Academia Sueca puso de cabeza al mundo: “El Premio Nobel de Literatura 2016 ha sido otorgado a Bob Dylan por haber creado nuevas expresiones poéticas en el marco de la gran tradición musical estadounidense”.

En el número 97 de la *Revista de la Universidad de México*, de marzo de 2012, desplegué mis argumentos en favor de un clamor que hacía de Robert Zimmerman, desde aquel entonces, candidato fuerte y viable al máximo galardón cultural en el planeta.

Ese texto, titulado “El Premio Nobel de Literatura a Bob Dylan” ostentaba humor, además de los mencionados argumentos.

En aquel momento parecía una ocurrencia, un sueño, una locura. Lo que hice, en realidad, consistió en la simple tarea periodística de recoger el clamor que flotaba en el ambiente, sostenido por mentes creativas, personajes fundamentales del devenir cultural, y no por simples “fans”.

Hoy, cuando ese sueño es ya una realidad pura y dura, el vocerío no cesa. Hay demasiado ruido.

Al sonido seco del rasgar de vestiduras acompaña una minoría que manifiesta, al mismo tiempo que su simpatía por la obra del galardonado, su rechazo a la decisión sueca y con argumentos sólidos. Pero hay muy pocos de esos argumentos. Lo demás es ruido.

Así como una mayoría en su propio país desconoce la obra poética de, por ejemplo, Octavio Paz, Premio Nobel de Literatura, una mayoría equivalente desconoce la obra sustancial del nuevo laureado.

En consecuencia, los encabezados de los periódicos del día siguiente se quedaron con lo que se estacionó también en el imaginario colectivo. Y eso posibilita una manera de abordar el tema: empezar por enlistar lo que NO es Bob Dylan:

Bob Dylan no es “Blowin’ in the Wind”.

Bob Dylan no es un *rockstar*.

Bob Dylan no fue el primer músico en ganar el Nobel de Literatura.

Bob Dylan no se estancó, como el público eligió hacerlo, en los años sesenta.

Bob Dylan no es un objeto de veneración de “fans”.
¿Quién es Bob Dylan, entonces?

Es un aeda. Es un creador que trabaja con tenacidad asombrosa. Es, lo dijo hace unos días la Academia Sueca: un creador de nuevas expresiones poéticas.

Me atrevo a afirmar que los dictaminadores decidieron, así como lo hicieron por zonas localizables en el *corpus* completo de la obra de premiados en años anteriores y que no corresponden a las obras famosas de ellos, por la coronación de una trayectoria: la trilogía que conforman las obras tituladas *Modern Times* (2009), *Time Out of Mind* (2010) y *Tempest* (2012).

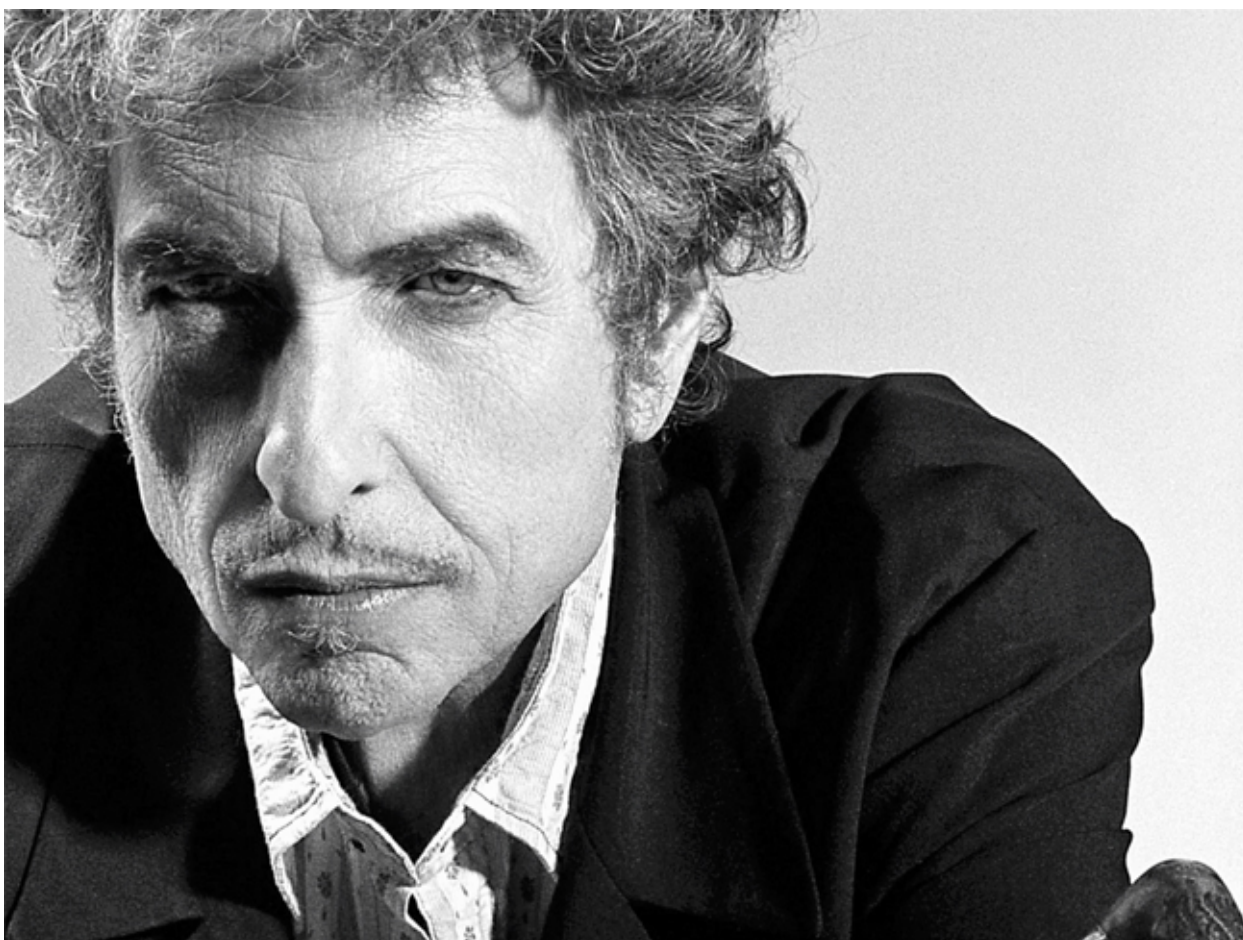
Si añadimos la pieza inaugural de ese periodo, tendremos la tetralogía completa: *Love and Theft* (2006) fue el abracadabra, el *paspartout*, el ábretesésamo, la piedra de toque para el periodo de madurez, esta serie fabulosa de obras donde campea la acumulación de conocimientos, la sabiduría, el pleno dominio de las alegorías, las figuras retóricas, las metáforas, los juegos de palabras, las aliteraciones, el discurso simple y contundente, características todas ellas del trabajo de un maestro que de tal manera alcanzó posteridad y dotó de las virtudes que hacen de una obra algo atemporal, perenne. Clásico.

A la cortedad, a la necesidad de encasillar, al someter y congelar a Dylan como “un emblema de los años sesenta”, al esgrimir eso se olvida la obra maestra de tal periodo, el álbum titulado *John Wesley Harding*, que corona una poética, una saga, una nueva manera de mirar el mundo y por encima del “himno” “Blowin’ In the Wind”, Dylan coloca obras mayores, como la pieza que tituló, como parte de ese álbum, “All Along the Watchtower”, cuya calidad poética no tiene discusión.

De manera que hay más allá de lo trillado. Ciertamente, *The Freewheelin’ Bob Dylan*, el que siguió, en 1963, a su debut, y el magistral *Blonde on Blonde*, de 1966, son los referentes que siempre salen a relucir. Pero hay mucho material todavía en la sombra y es de esperarse que, como sucede con los Premios Nobel, todo ese material empiece a conocerse.

Todos celebran que cuando la Academia Sueca distingue a un autor “desconocido”, los lectores se benefician de materiales que de otra manera les pasarían desapercibidos. Algo semejante está por suceder con la obra de Bob Dylan, ese gran desconocido.

Cuando el jurado sueco argumentó: “por haber creado nuevas expresiones poéticas” al referirse a Dylan, en realidad estaba anunciado sus propias formas de abrir la mente. Una buena parte del descontento se refiere a la condición del premiado: no es un escritor de taburete, no obedece al canon occidental, no pertenece a la tribu, es un extraño, un profano, un invasor. No



Bob Dylan

forma parte del *establishment*. No es “un escritor como nosotros”.

En el texto de hace cuatro años me referí a esa condición de forastero. Añado ahora: al premiar a Dylan, la Academia Sueca recupera la voz a la poesía.

Me explico: el aeda en la antigua Grecia era el que cantaba la poesía, y la bailaba, la representaba, la saltaba, la brincaba, la llenaba de polvo en las veredas y con ella recorría peligros y aventuras.

Cuando se inventó la imprenta, el aeda enmudeció. La poesía perdió su voz, como sucedió con Marin Marais al llegar a la adolescencia y hubo de buscar nuevos senderos para imitar la voz humana, a través de la viola da gamba, con su maestro, Monsieur de Sainte-Colombe.

La poesía y la música, esas hermanas gemelas, se separaron. Empezaron su camino solas.

Bob Dylan devuelve la voz a la poesía. Es un aeda. Y al premiarlo, la Academia Sueca devuelve la voz a la poesía. Y premia también a una música marginal y contestataria por naturaleza: el blues. Y eso no es poca cosa. El territorio blues también resulta insondable. No en balde su público está conformado por mentes abiertas, libres, pensantes.

Escuchar a Bob Dylan decir, con esa música sencilla y contundente, su poesía, es una conversación sensual.

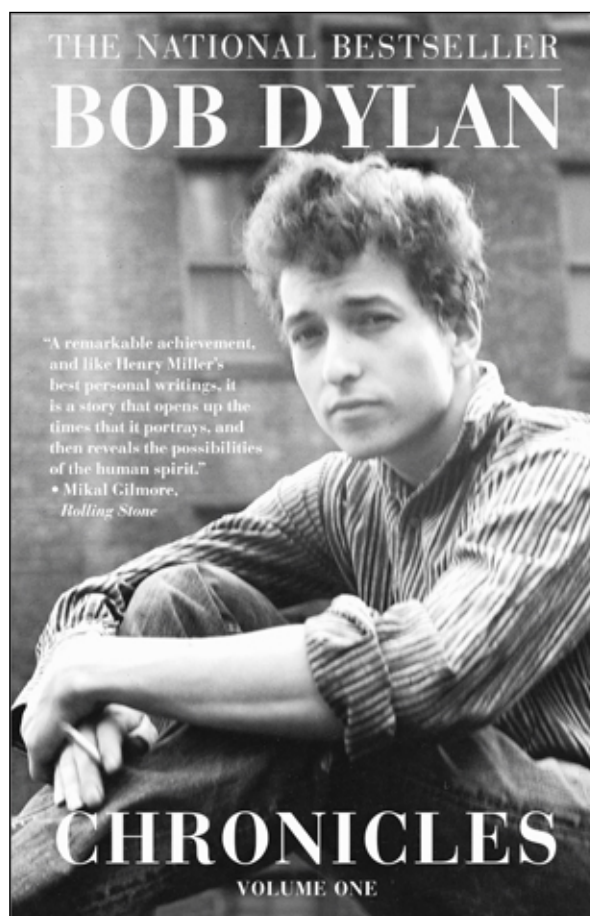
Ante el disgusto de los escritores “convencionales”, Per Wästberg, integrante del jurado, hizo notar ante reporteros que Bob Dylan ha dicho hasta el cansancio: “mi música no es nada; las palabras son la clave”.

El novelista escocés Irvine Welsh jaló los micrófonos y los reflectores para bromear: “este es un premio de nostalgia mal concebido, arrancado de las próstatas rancias de hippies seniles y balbuceantes”.

Porque no puede ser sino una broma afirmar que Bob Dylan es nostalgia, tiempo ido, generación perdida. Todo premio es discutible, arbitrario, azaroso. Pero no todo escritor está sujeto a la aprobación o desaprobación sin fundamentos literarios de por medio. Su obra, en especial su tetralogía reciente, está ahí como el argumento mayor.

“I’m walking / Through streets that are dead / Walking / Walking with you in my head / My feet are so tired / My brain is so wired / And the clouds are weeping / Did I / Hear someone tell a lie? / Did I / Hear someone’s distant cry? / I spoke like a child / You destroyed me with a smile / While I was sleeping / I’m sick of love” (fragmento de “Love Sick”, de la obra *Time Out of Mind*, tercera de la tetralogía por la que le fue otorgado el Nobel de Literatura, y no por “Blowin’ in the Wind”).

Cierto, no estamos en la antigua Grecia, sino en un periodo histórico que obligó a uno de los grandes pensadores del sonido, Nikolaus Harnoncourt, a irse a la tumba, hace pocos meses, con una gran preocupación:



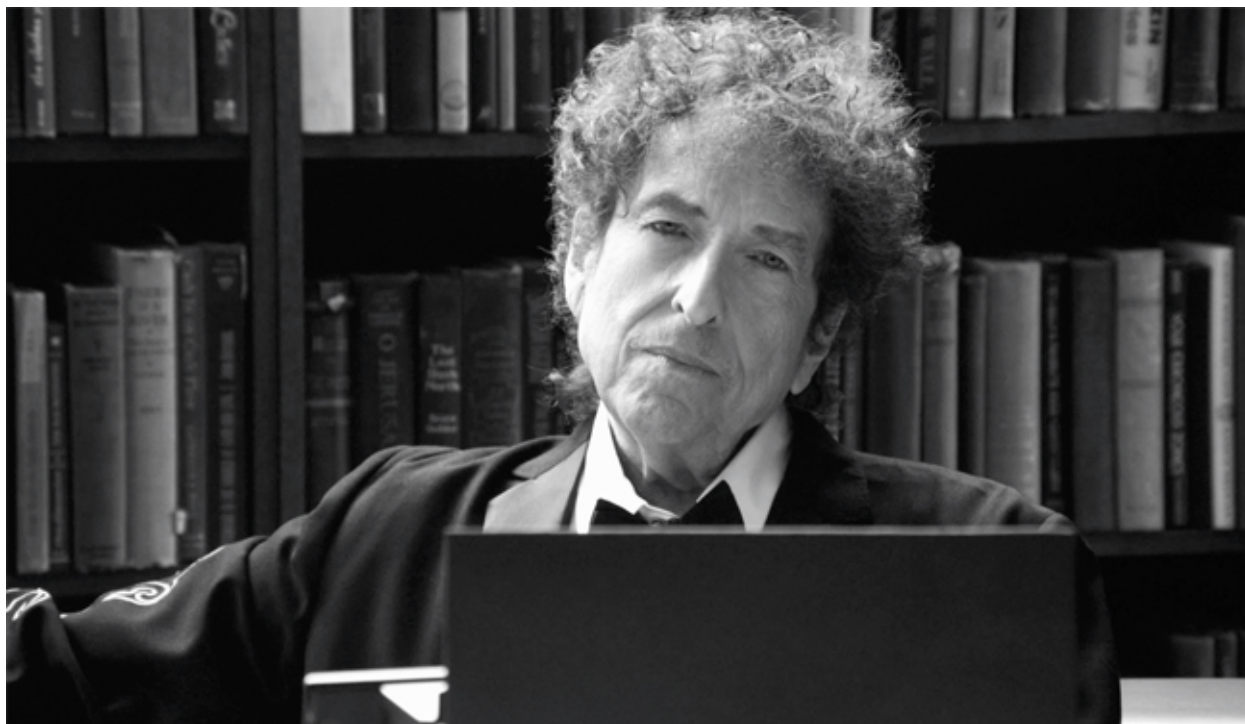
el arte ha perdido su condición humana, para convertirse en un bien de consumo.

He ahí. Bob Dylan representa, para la mayoría, la industria del espectáculo. Pero ese no es Bob Dylan, y lo ha demostrado con proezas poéticas en la vida real, como mantener una vida privada, íntima, en secreto, a pesar de vivir en la “era de la información” y las redes sociales y la “pérdida de la intimidad”.

Cuando escribió *Chronicles*, su autobiografía, críticos literarios serios, ante el asombro frente a un gran libro, se preguntaban el por qué Bob Dylan no había decidido ser, “en lugar de cantante”, un escritor, sin darse cuenta de que Bob Dylan es un escritor, pero las condiciones sociales, el imaginario colectivo, la sociedad de consumo, lo quieren someter a la fea condición de “cantautor”. Horripilante término, “cantautor”.

Hace mucho que la literatura dejó de ser una máquina de escribir y luego un objeto. El máximo acontecimiento cultural del mundo, junto con el Festival de Salzburgo, la Feria de Frankfurt, hace mucho que dejó de ser un mero evento literario, para citar un parangón con Dylan.

Al premiar el año pasado, frente al enojo y el rasgar de vestiduras, a una simple reportera, Svetlana Aleksievich, la Academia Sueca evidenció una realidad que muchos no quieren ver, a pesar de que ya había premiado a otro reportero, Gabriel García Márquez: la condición del escritor ya no es la soledad, el personaje abis-



mado, el prototípico, el miembro del clan, el iniciado, el elemento del gueto. El iluminado.

La literatura es una de las grandes expresiones de la libertad. Su valor estriba en su capacidad de expresar el sentir de un pueblo, de las personas, de la humanidad, de una persona solitaria o una comunidad. ¿Y qué ha hecho Bob Dylan sino literatura, al escribir lo que el mundo recibe como “canciones” y que no es otra cosa que poesía, poesía con voz?

He ahí el valor del Premio Nobel de Literatura, su alcance insospechado.

No hay conflicto. Hay claridad: la Academia Sueca premió a un autor “por haber creado nuevas expresiones poéticas”.

Además, no es “el primer músico en ganar el Premio Nobel de Literatura”: Rabindranath Tagore lo recibió en 1913 y fue un músico muy reconocido, autor de ¡más de dos mil canciones!

El 14 de agosto de 2006, Joe Levy, experto en el tema, recibió de la siguiente manera la etapa de madurez y consolidación artística de Bob Dylan, al reseñar, en la revista referencial, *Rolling Stone*, el álbum *Modern Times*: “El nuevo disco de Dylan comienza con la voz de Dios en las montañas y el sonido de las pistolas en las calles”.

En la pieza inicial de esa obra, en efecto, Bob Dylan hace notar: “The pistols are poppin’ and the power is down” y se autoironiza, respecto de uno de sus tres temas centrales: *a)* el amor, *b)* la lucha por la vida, *c)* la muerte.

Y dice, autoirónico, en otro de los versos de esa canción: “I’ve been sitting down studying the art of love / I think it will fit me like a glove”.

Y esos versos se han hecho realidad: Bob Dylan mantiene en vilo al mundo porque suele canturrear en sus

conciertos, como lo hizo en México, muy divertido y sin que le gane la risa, la pieza que muchos creen que es su única obra maestra: “Blowin’ in the Wind”, de una manera ininteligible y entonces ladra, masculla, ruge, muge, escupe, suelta borbotones de palabras *nonsense*, apenas dejando escuchar con claridad dos o tres versos, los suficientes para que algunos, los pocos, se percaten de lo que los muchos confunden con el ruido del mundanal universo del arte como un bien de consumo.

Bob Dylan puede asistir o no a Estocolmo a recibir el Premio Nobel de Literatura. Puede pronunciar con delicadeza los versos de su tetralogía reciente, por la que obtuvo ese premio, que ni le va ni le viene, por eso hace cuatro años escribí en este espacio: “es más, que ni le den el Premio Nobel, pues no lo necesita”. Puede cantar dando la espalda al público, como lo hizo hace unas cuantas semanas. Puede cantar o berrear. Escupir y cantar. Escribir y escribir.

Porque ese oficio, el gran oficio de la escritura, ya lo dijo él, le viene como anillo al dedo. El Premio Nobel de Literatura también, aunque le tiene sin cuidado.

Así como lo hicieron ya todos los grandes escritores, desde Shakespeare hasta Joyce, por cierto un gran tenor que no pasó a la historia como el músico que fue sino como el gran revolucionario del lenguaje y no le dieron el Nobel, Bob Dylan se ha sobado el lomo, sentado, escribiendo noches enteras, estudiando el arte de vivir, el arte de morir, el arte del amor:

Y así lo ha dejado escrito ya, no sin dejo sonriente de ironía:

“I’ve been sitting down studying the art of love / I think it will fit me like a glove”.

Ese sí es Bob Dylan. El noble Nobel. **u**